

primera hora y juez en la última! Él fué quien hizo el mundo con la luz. El firmamento es claro de su serenidad. En ocasiones, en el azul espléndido y temido, oh misterio, se producen silencios de una hora; nadie canta en lo alto y nadie llora abajo; el ángel, pensativo baja [el brazo en que está] su estrepitoso clarín; Dios medita, cielo sueña, el infierno espera... Y la palabra que sale de la sombra es esta:

—Yo perdono.

\*

El grifo se borró, como el relámpago que truena, en una bruma donde nada parecía moverse.

## VII

### EL ÁNGEL

#### EL RACIONALISMO

*Homo*

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

Detrás de mí la noche, como una repugnante ruina, se desmoronaba, y yo volé hacia el punto lejano, vago y viviente, hundiéndome más y más adelante en el azul firmamento dorado de una extraña alba.

Y aquella mosca era un ángel.

Y aquel arcángel inmenso, desplegando sobre mi frente que meditaba, dos alas, la una blanca y la otra negra, tenía los ojos fijos y sobre su frente parecía despuntar el día; y el ala blanca iba á fundirse en la aurora, y el ala negra iba á perderse en la noche.

En aquel cielo á donde mi vuelo raudo me había llevado, mar donde nuestro cielo negro parecía una península, el ángel aparecía gallardo, dichoso, poten-

te, tranquilo; si descendía la noche y subía el día, no lo sabía él; hubiérase dicho que estaba inmóvil para siempre y que había hallado la esfera en que el éxtasis no ha de hacer ya movimiento alguno, y que él, el ser grande y puro, era creado para no mirar nada que no fuera el azul. Estaba en pie sin bajar la pupila, como si no viera más que una cosa eterna; y sintiendo que alguien iba hacia él desde abajo:—¿Qué eres?—dijo el ángel, hermoso como el astro que nace y sin volver hacia mí sus ojos ni su rostro. Y yo le dije:—Oh frente vecina del alba pura; soy el ser á quien place la tumba en el destierro.—El ángel me miró.—Quédate,—me dijo.

\*

Luego—y entonces vi que tenía una palma—se puso á hablar al precipicio:

—El ser está tranquilo. Dios vive. El Sí del día y el No de la noche son dos larvas á las que un soplo obscuro forma y destruye; la palabra negro es un grano de ceniza en la bruma, oh precipicio, y la palabra blanco es un copo de espuma; el infinito no sabe lo que se murmura abajo; yo escucho y oigo.

Siva dijo:—Dios no existe, y del crimen de todo nadie es culpable.—Hermes dijo:—Lo invisible vaga en lo impalpable.—Dos dioses, dijo Zoroastro; un desorden normal. El ser es el combate del bien contra el mal. Orfeo, el del canto profundo, dijo:—Los dioses parecen ser; pero cuando se les contempla, se les ve desaparecer; tanto la Fatalidad, larva sin frente, sin ojos, sin corazón, estrecha la tierra, y el infierno y los cielos. Moisés dijo:—Existe. Existe sólo. Se venga. El hombre es una sombra y muere.—Y Jesús, el

de la frente de ángel, dijo:—Dios perdona. Y vuelve á Adán el Paraíso. El alma humana sobrevive al hombre.—Y yo dije:—Porque sobra cada peldaño de la escala donde muere la sombra, el Verbo luminoso sucede al Verbo sombrío; se llega á la palabra después del tartamudeo.—Yo dije:

Dios es lo verdadero: ni vengador ni clemente; es justo. Vengar la afrenta, es conocerla y es merecerla. Ser clemente es ser injusto para con todos aquellos que no se perdonan.

\*

Cuando viste á Sabaoth, águila, te equivocaste. Grifo, que llevaste el evangelio sobre tu ala, escucha. ¡Escuchad todos!—Zoroastro es de arcilla; Siva, que no es más que un mago, y al que la India cree un Dios, es fango; Hermes es polvo; Orfeo, el de la mirada azul, ha sentido descender su esqueleto al sepulcro; y el robador del fuego, Prometeo, es de ceniza; Moisés no está cerca del Señor. Jesucristo no está cerca del Señor; ningún profeta escribe cerca de Dios; ningún arcángel alado, ningún personaje, ningún santo. La eternidad no tiene vecindario.

¡Escuchad! Subid por lo real, paso á paso.

\*

Dios no es el pescador que arroja atractivos al pobre ser fugitivo á quien asedia el apetito; y su dicha no consiste en coger al hombre con lazo.

No hay infierno eterno.

\*

¡El ser de los instantes cortos, el viviente rápido encadenado por siempre! Ilusiones, errores, risotadas, faltas de un día y de una sombra, aplastada bajo esa palabra inmóvil y monstruosa: ¡Nunca! ¡Dios, haciéndose verdugo desde lo alto de las cumbres claras! ¡Dios peor que Syloc, el vil recortador de piastras! ¡El Increado, coronado de cometas y de astros, atenaceando en su bodega á un mosquito castigado! ¡La grandeza encarnizándose con los pequeños! ¡El Infinito poniendo á cuestión [de tormento] al insecto que llora! ¡La eternidad torciendo los minutos de la hora! Ese juez tendría sed. Ese padre tendría hambre de la angustia sin límites y del tormento sin fin. ¡Tendría por trabajo el sufrimiento y por regocijo hacer descuartizar en el infierno hecho ascua al hombre, átomo desvanecido, sangriento, espantado, á los cuatro vientos de la sombra y de la inmensidad! Arrojad esa idea, vosotros, fantasmas que la hacéis. ¡Esos mundos creados en ropas de fiestas, la vida y el día, el éter, el firmamento, el azul, el océano perla y el astro diamante, esa resplandeciente y profunda naturaleza no sería más que una enorme habitación de tortura! Y en los vastos cielos, la constelación, visión sublime del precipicio maravillado, mezclando la estrella azul y blanca con el sol rojo, deslumbradora, sería la vela del chiribitil.

Que haya quien ha soñado esto es lo que me da enojo.

Y como los condenados, ayer, mañana, hoy, siempre, arden en el fuego que no debe extinguirse, y como compadecerles sería vituperar á Dios,—sería

suponer que podría ser mejor.—Además, como la compasión, siendo lágrima, angustia y dolor, haría discordancia en el paraíso; y como Dios no debe ocultar nada de su justicia al hombre, al alma, al ángel, á los santos; y como el fuego eterno, el infierno es un lado [aspecto] de la virtud de Dios, entonces, como los elegidos deben ver la gehena (1), es preciso que les encante, y que para ellos la pena se resuelva en felicidad, y que el infierno con su tormento sea un razonamiento para el cielo, y que el ángel se recree en el sollozo que se eleva,—[resulta que] el paraíso no es más que un balcón de la Grève (2), donde, con una sonrisa serena, se va á ver quemar á la Brinvilliers y enrodar á Maudrin, adonde se va á contemplar la agonía áspera y lenta y ver el efecto que hacen el aceite y la pez hirviendo sobre Caín, y aullar á Judas, y rugir á Lucifer á cada golpe de la barra de hierro.

\*

Se calló; luego volvió á abrir sus dos labios encarnados de donde volaban las palabras como abejas cuando se abre la colmena después que ha lucido el alba.

\*

Nadie es castigado por la falta ajena.

(1) Del latín *gehenna*, del hebreo *Geia Hinnom*, valle de Hinnom, cerca de Jerusalén, donde se habían quemado víctimas humanas y que se convirtió luego en muladar. En lenguaje bíblico equivale á infierno: *el fuego de la gehenna*.—(N. del T.)

(2) La plaza donde se ejecutaba á los sentenciados á la guillotina, ó sea la plaza de l'Hôtel de Ville.

Por otra parte, hombres, el fruto está hecho para que se coja.

El libro mundo está hecho para que se vuelva la hoja. Saber es vivir, y vivir es el derecho. Adorar, es conocer y á la puerta le gusta ver entrar el alma. Cualquiera que sea la lucha, ó la pena ó la prueba, cada vez que el hombre, humilde y al que baña la duda, adquiere en la obscuridad un hecho nuevo, ha probado [catado] de Dios, de la luz y de la eternidad. Bien hecho. Es una jornada [marcha] ganada hacia el día.

A grandes golpes de ciencia, á grandes hachazos, los vivos tienen razón, en la obscuridad, de esbozar la estatua inmensa de la verdad. El hombre es el negro escultor, el misterio es el mármol. Seguid.

Eva tiene razón en dirigirse hacia el árbol; Prometeo tiene razón, Galileo tiene razón; Colón, que coge un mundo en el fondo del horizonte, hace bien; Dante invade la noche círculo por círculo; Espinoza levanta la espantosa cobertera de la nada; Fulton doma la mar que revolvió Jerjes; Galvani forja y mezcla, al lado de Volta, los flúidos, fuerza, alma, imanes, metales, mercurios; Mesmer sobresaltado toca las fronteras obscuras; es su derecho, hombre. Esquilo y Shakespeare tienen razón, oh tierra, en estrellar tu techo de prisión. Rømer detiene al vuelo la luz arrebatada; Gutenberg hace día, amor, vida, con el plomo fundido del viejo suplicio humano; Pitágoras somete la sombra á su examen; Papin unce el negro caballo ahumado el hombre, la tierra encantada, el alma, el carro de fuego; Halley es el heraldo deslumbrador del cometa; Leibnitz ofrece al espíritu la invasión de lo alto y trenzando el cálculo, el pensa-

miento y el estudio, echa en el infinito la escala de Latude; Harvey dice: ¡la sangre corre, y el hombre vive! Keplero coge la estrella en los cielos, y Franklin coge el relámpago; Jackson quita la angustia á la carne que mutila. Todos están en lo cierto, en lo hermoso, en lo útil. ¡Id! ¡Tomad el azadón y azadonad el jardín! Mongolfier quiere el azul esperando el edèn; bien. Y Lutero hace bien en abrir el alma, y Vésale iluminando el interior de la muerte colosal; hace bien. La audacia es santa y Dios bendice el esfuerzo. Todas las espadas de fuego en pos de Adán, son injustas. Sube, espíritu. Dios te espera. En sus dos manos de fuego, equilibrio, sostiene el astro, y, justicia, sostiene el alma; y teniendo el universo este objeto: ver y saber, para el astro y para el espíritu, brillar es [su] deber.

\*

Sube, y no tiembles. Es una subida áspera. En ciertos momentos, el alma titubea, detenida á media cuesta. El espíritu humano que camina ve el escollo ante él, la escarpadura, el horror, el caos, el ataúd y el sendero siempre más siniestro y más rígido; aquel caminante tiene la frente bañada de sudor frío; ¡anda, caminante! Mal y Bien llevan en sus dos extremos el espanto.

Con frecuencia el progreso, feroz para la dicha de los buhos, tratando con aspereza los pequeños bienestares, vomita todos los destellos en todas las ventanas. El bien no tiene compasión. Atraviesa sin temblar todo lo que veas aullar en rededor tuyo. El progreso tiene á veces el aspecto vasto y fiero y el bien retozando azora á los que salva. ¡Ve, pues! ¡Redobla el paso! El horizonte se ensancha. ¡Ve! ¡sube! A

cada etapa surge una larva: es el porvenir en pie en su extraña figura; el porvenir parece espectro antes de aparecer ángel. ¡Camina! El que quiere ir á él debe estar dispuesto á todos los grandes combates; el hombre se engañaría si creyera que se obtiene á Dios sin dificultad y que se arroja [de un empellón] el infierno á la tumba sin lucha y sin sacudida. El nacimiento de lo mejor tiene sus convulsiones; todo en los ciclos se hace por revoluciones. ¿Qué es el progreso? Un desastre luminoso que cae como la bomba y permanece como el astro. El porvenir llega con el soplo de un gran viento; persigue rudamente á los pueblos que están delante; produce temblores de tierra debajo de los patíbulos; bajo el error al que hace callar, bajo todo lo que fué cobarde, atroz, vil, pequeño, cava bruscamente oquedades de sombra donde se absorbe el mal. ¡Ve, lucha, espíritu del hombre! No hay que ir á imaginar que el bien sea de fácil encuentro. El bien admira; y el alma tiene miedo al crearlo; tiene la feroz majestad del gigante cuando, espumeando y y lleno de confuso rumor, sale del antro, león, ú ola de la esclusa [presa]; sube, es torrente; es el castigo del pasado que destruye; [cuando] llega, no hay refugio; sube, es la marea; sube, ¡es el diluvio! ¡Sombría inundación de dicha!—¡Oh terror!, dice el hombre. Y el genio, iluminador indomable, grita: ¡Oh júbilo! —¡Vamos, camina, espíritu del hombre! ¡Avanza! ¡Acepta la enorme connivencia de las calamidades! ¡Anda! Sí, á menudo, el progreso, dudoso para el que lo ha deseado, espantoso á fuerza de claridad, cuando va á pulverizar lo falso, lo abyecto, lo horrible, tiene apariciones de terrible melena. ¡Su promesa amenaza; y, para todo lo que debe caer, morir, acabar dentro del día que va creciendo, falsos dioses, sacerdotes falsos, el mago impuro, el juez venal; su risa es el *rietus* del alba formidable!

Desde Adán, desde Noé, de tiempo en tiempo, el progreso que persigue á sus vencidos jadeantes, que quiere que se sea, que se camine y que se investigue y que se taje, empuja en la batalla sus legiones de azul, sus pensadores constelados, etéreos, espaciosos, á todos sus olímpicos vestidos con un retazo de los cielos, Euler el sideral, el espléndido Epicuro y como los chuanes en la obscura Vendée, los hombres del pasado, pesados, turbados, nebulosos, dicen al verles: ¡Huyamos!, ¡ahí están los azules! Y aquellos hombres divinos, y aquellos hombres solares, hacen avanzar sus beneficios al paso de sus cóleras.

El bien ase al mal y lo aplasta á su vez. ¡Acepta, hombre, el invencible incendio del día! ¡Ve! ¡Arrójate á aquellas fauces abiertas que se llaman inventos, novedades, descubrimientos! ¡El espíritu humano, buscador de Dios, ve por momentos irritarse los rayos de luz como llamas, cuando empujando ante él á la muchedumbre rutinaria va de la hidra sombría á la hidra de la luz! ¡No importa!, ¡no temas al rugiente progreso por lo sabio, lo verdadero, lo justo y lo inocente! ¡No temas al progreso que devora las tinieblas encontrando los ideales por el esfuerzo de las álgebras, subiendo, [convirtiéndose en] geometría y poesía, á Dios! ¡No temas al progreso, conquistador de cielo azul, esfinge que hace vivir, arquero del eterno blanco, montañés de lo sublime y de lo inaccesible!

¡Sigue, hombre, á ese espléndido monstruo, porque es hermoso, de todas esas fealdades que se llaman Mirabeau, Sócrates, Camoëns, Cromwell, Tirteo, Esopo; y haciendo el nivel con el hisopo y con el cedro, aparece [compuesto] de Homero, de Newton y de Moisés, con el rostro de Dantón y sube á los cielos

llevando en la punta de su estrellada pica la cabeza descabellada de la noche!

\*

El ángel parecía cantar y orar sucesivamente. Completamente [vuelto] hacia su ala blanca, se anegaba en el día, y no se sentía vivir ni palpar apenas más que sus ojos medio entornados, llenos de serena fiereza.

Pero la otra ala le temblaba en su espalda estremecida, como para despertar al grande espíritu ausente. Gradualmente volvió á abrir sus ojos brillantes de gloria, y mirando á pesar suyo, el ala negra, repuso:

\*

¡Sí, es verdad, la sombra.—¡Ay! ¿Cuándo [llegarán], pues, el edén, el himeneo, el alba? ¡Oh negras pesadillas de soporífico sueño humano! ¡El crimen original, el infierno! ¡Eva y la manzana! ¡Lúgubres visiones! ¡Ay!, ¡ay!, para el hombre, Dios no se hace sentir más que por su pesadez. ¡El hombre se obstina en ver en Dios al atormentador, al victimario, armando sus torcedores dedos con tenazas-truenos, con pinzas-relámpagos, al torturador sin freno, sin ley, sin corazón, sin objeto! ¡Sueño en los cielos con el espantoso Belcebú! Se forja un azul, un misterio, una biblia que llenan un aspecto horrible de Ser supremo. ¡Los hombres hacen á Dios sombrío!

¡Sí, cuando la inmensidad germina en religión en su corazón agitado, ahí tenéis lo que ven sus ojos al ver lo absoluto! ¡Sí, Dios haciendo arder hogueras que relumbran; el hombre quisiera arrancar del cielo esta confesión!

No podemos hablar de Dios con el hombre sin mascar alguna idea horrible de suplicio. Demonios en el brasero, condenados á silicio, Dios limitado por el infierno sin límites, los suelos de la sombra llenos por siempre de pálidos réprobos. Los unos en el infinito, como cae una piedra, se hunden, y teniendo el precipicio en su pupila, visión y desaparición, temblorosos, devanando la madeja de la condenación, cuelgan del hilo sin fin de una caída eterna. Otros jadean, sangrando bajo su forma carnal en no sé qué antro ideal y repugnante.

Satán hace un culpable, y el cielo quiere dos. Adán y el hombre.

Así, siendo imposible que cuando en el mundo invisible el inocente es castigado sin compasión por la falta de Adán, él, el verdadero criminal, no sea castigado; Adán habría sido conducido ante el juez y allí, sombrío, atontado, sin esperanza, sin refugio, de rodillas sobre el cielo recubierto con un paño negro, atado sobre un cañizo, espantoso, terrible á la vista, inclinando su descolorida frente bajo la ceñuda eternidad, Adán el ingrato, Adán el supremo culpable, añadiendo á sus males todos los males de su raza, tronco monstruoso sufriendo por sus mil ramas, teniendo por grito el grito que sale de todas las cunas [pañales], sería ejecutado por verdugos-arcángeles! ¡Sufriría el suplicio en lo alto, eternamente! ¡Los hombres, sus hijos, tendrían por techo en su calabozo el suelo del patíbulo del padre! Esas estrellas que ven á veces, desde su cueva, escaparse y deslizarse por las rendijas del cielo y caer sobre ellos, serían las gotas de su sangre [del padre]! ¡Ah!, ¡haz esto, tú, hombre á quien agrada el horror, espíritu de día manchado de noche, alma atigrada! ¡Hombre de

Lúis onceno y de Domiciano que, en los nuevos tiempos como en la edad antigua, pones presentes para siempre el alma y el cadáver! ¡Que te llamas Jeffreys y te has llamado Mecencio! ¡Oh anfibio espantoso del bien y del mal, hombre que no ves á los ángeles que huyen! ¡Haz aquellas acciones en tu bruma de crimen, pero no las achaques al pensador del abismo! No las imputes al Dios vivo.—

\*

El espíritu se detuvo, miró al precipicio, luego repuso:

—Sin embargo, en tus días de piedad, tú, hombre, rindes homenaje á Dios. Dices:

«Yo sufro; después de todo, tengo el alma. Alma, yo no acabo aquí abajo. Todo está bien. Viviré rejuvenecido por la muerte. Qué importa que mi cuerpo se hiera y se magulle. Mi alma irá á mostrar la cicatriz á Dios; Dios, el deudor seguro, ha quedado siempre airoso. Soy acreedor de la gran equidad. Sufrir, arrastrar la vida, es asunto de una hora; la muerte me saca fuera de la sombra inferior. Mis males obligan á Dios; el bálsamo después de la hiel; todo hombre que llora tiene derecho á la mirada eterna; todos, el esclavo, el negro con los riñones ceñidos por un taparrabo, el que machaca guijarros, pensando en el campo, el vil forzado, haciendo rodar alguna peña horrible, no han de hacer más que gritar para ver como Jehová se inclina. El olvidó que tuviera Dios del último y del menor bastaría para quitar al día el derecho de irse al ocaso, para que el universo se doblara y temblara como un junco, para que la estrella tuviera miedo y dijera: ¿qué es esto, pues?, ¡y para

qué en el umbral de la sombra de las mareas profundas se irguieran azoradas las constelaciones!

»¡Sí, sufro, pero tengo en mi agotamiento, hipoteca sobre el alba y sobre el firmamento, sobre todos los elementos que nosotros vivos sufrimos, sobre el inmenso y sombrío equilibrio de los abismos! Estoy encadenado, tengo sed, tengo hambre, tengo frío, tengo calor; pero el paraíso brilla á través de las rendijas del calabozo. La obscuridad de este mundo tan negro hace de día. Dios justo no quiere que mi lágrima me anegue. Nunca falta el puerto al pobre marinero; mi tempestad termina en el azul; mi sollozo sonrío súbitamente y acaba en cántico.

»Morir es nacer en Dios. Yo soy Catón de Útica, no quiero la albarda que llevan los Romanos, y caigo indignado, acuchillado por mis manos, ensangrentado; soy Sócrates, y bebo la cicuta; soy Juan Huss, mi carne muere en la aguda llama, pero tengo la eternidad. Soy el átomo humano; pero el infierno hoy, promete el cielo [para] mañana. Luchamos, jadeamos, gemimos, ¡qué importa!; ni un solo grito se pierde, ni un solo tormento aborta; el paraíso se hace con todos los dolores que se convierten en besos á los mejores. El duelo conquista los cielos como el águila su presa, la raíz desgracia se abre [como las flores] en júbilo en aquel edén sublime donde florece la tierra; mis males serán un día mis bienes; soy el espíritu!

»Miseria, angustia, llanto, todo lo que sangramos, vuelve á hallarse en destellos en la mano de nuestras almas; la tumba que la noche flamígera bendice, murmura: ¡Cielos!, con sus labios de granito; allá arriba, todo sufrimiento está contado en felicidad;

Dios, ese sol que hace hasta una sombra al ateo, sería injusto y falso, si fuera de otro modo; el sepulcro no es una boca que miente; tengo la pena de un día, pero tengo el alma inmortal!»—

\*

Entonces, hombre, ¿por qué sufre el bruto?

\*

¿Por qué pegas á tu asno grandes palos? ¿Cuál es su mañana? ¿Tu asno es Catón? ¿Por qué la garza real que huye por entre las brumas, siente al negro halcón como espulga sus plumas con el pico? ¿Por qué levantando tu manga y manchando tus vestidos hundes los cuchillos en las gargantas de los corderos? ¿Por qué bebes la sangre, habiendo trasquilado la lana? ¿Por qué vas arrastrando tus búfalos por la llanura por medio de aquel anillo de hierro que atraviesa sus narices? ¿Qué debe pensar la hidra en el fondo de las aguas? Ves ese salmón de plata; hacia sus pobres agallas las llamas del brasero suben expansionándose; él fué hecho para huir bajo las aguas de los azules arroyos. Ve. Juzga. ¡Cómo! La carpa es cortada en trozos, echada al aceite ardiente, viva. ¡Cómo! ¡La ostra vive y sufre bajo los dientes de tu convidado! ¡Y esto es todo! ¡Ya estás satisfecho en tu carne, cuando ante un gran montón de fogotes, vivo y claro, se dobla tu asador ofreciendo las liebres y las codornices á la boca que ríe, monstruo de rojas escamas, y entregando al humilde enjambre que jugaba, que volaba, el matorral, la salvia y el sérpol, la alondra y los prados, el estanque y la fulga á las mandíbulas de fuego del hogar que se ahueca! Los carbones abren entre la ceniza sus sombríos ojos; viendo aquel rico

brasero, deslumbrador, alegre, el transeunte, á través de tu vidriera iluminada, se cubre de púrpura, y contemplando tu alta chimenea, no se te ocurre que tú mismo te ríes ante la gehena horrible y que, lleno de gritos, de repugnantes engranajes, y de pinzas enrojecidas, aquel hermoso hogar de piedra, esperanza de tus orgías, aquella estufilla donde se estremece la muerte á voz en grito, donde los aleteos y los suspiros de las voces se van, cantos de ave fría y besos de cercetas, en la espantosa humareda, en salvajes chispas, aquel antro, donde se oye, cuando se inclinan á él, todos los chisporroteos de la risa y de la hoguera, donde el pájaro humea, donde muere el nido, donde llamea el olmo, es uno de los agujeros abiertos de la enorme fragua! ¡Es el vil altar del vientre y del placer carnal; y el fondo comunica con el misterio eterno!

Corre al desierto; ¿es la vida más alegre? ¡Cuántos espantosos combates en el hueco de una carrasca, entre la avispa tigre y la abeja de la miel! Ve á los lugares profundos, á las peñas vecinas al cielo, á las cuevas de los ratones, á las barrancas de las panteras; mira aquel macizo de sombra y aquel montón de misterios; investiga el aire, la onda, la hierba; escucha el espantoso ruido de las malezas, el grito de los Alpes en la noche, el aullido sin nombre de las junglas tropicales; ¡qué vasto dolor! Las hienas banales corretean; el milano cae á plomo sobre la perdiz; la marta infame muerde el costado del puerco espín; la cabra, con los piés delanteros en el seto, ve á la culebra, y bala con terror; el quebrantahuesos se agita en el espanto del problema desconocido; sobre el cráneo pelado del siniestro y desnudo monte, el agujero del águila está lleno de carnicería y de excrementos; el mochuelo, en quien vive la terrorífica noche, mien-



tras muele con el pico el pájaro que sorprendió, piensa; el buitre blanco le quita su presa y ríe; el elefante camina con un estrépito de susto; el espantoso jarrara, como una onda viviente, se arrolla al rededor de los bambús y de los tortuosos juncos, y las cañas se vuelven monstruosas; el hocico de la garduña se hunde en el gallinero; el leopardo se precipita sobre la corza de ojos azules; el bisonte se lleva sobre su lomo al concuado, que le chupa la sangre mientras huye despavorido; la balderaya vaga y parece un monstruo quimérico; cuando se remonta el duque-real cornudo en los bosques de América, emprende su vuelo el enjambre fugitivo de las palomas zoritas! Ve. El oblicuo buho acecha al ruiseñor. El lobo muestra sus fauces y el hombre su cara, el desierto se estremece. Mira á las palomas de paso como van picoteando el acebo y el enebro, el oso que sale de su antro en el mes de febrero, la foca de luciente pelo que parece frotado con aceite, todo el hormiguero de los brutos, el reptil, el nido, el escorpión agazapado en los lugares frescos, la zorra, el puma, ese gran gato de las selvas que hace maullando el ruido de un buey que muge, el lince, el impuro condor de redonda pupila, salteadores que la noche esconde en su vasto encubrimiento, el jaguar en acecho cerca de los manantiales de sal, las hileras de camellos de los horizontes árabes, el ibis comedor de gusanos, la rata comedora de cangrejos, los muscas roedores cogidos en el fondo de los lagos vítreos por el hielo y el invierno, devorándose entre sí, y los baas nadadores, y las boas acuáticas, y todos los cráneos planos de las serpientes y de los tigres, el turón, la bigailla (1) y saliendo del arroyo, el horrible caimán con cabeza de cerdo, medusa, cachalote, orfe,

(1) *Bigaille*, nombre genérico por el cual los habitantes de las colonias francesas designan todos los insectos alados, y particularmente los que son molestos por sus picaduras.

tiburón jaspeado, ballena de mandíbula infecta y desvencijada, moscas que son engullidas por el precipicio chotacabra, el perezoso de dos dedos, la traidora hormiga-león, lenta y babosa, la onza de salvaje juramento [blasfemia, aullido], de rígido bigote, bestias de la sombra errando como Canidios. Todo sufre.

Grande, pequeño, el atrevido, el prudente, todo encuentra un cazador, una garra, un diente. Una especie de horror implacable envuelve al águila y al colibrí, al tigre y al antílope. El agua negra hace pensar al grave pelicano. Doquiera se abre la boca al lado del volcán; en todas partes los bosques tienen miedo; por todas partes la bestia tiembla con un estremecimiento de cólera ó de espanto; al que no ve al ser más que por un lado, le parece que un odio inaudito llena la inmensidad.

Hombres, los animales, confusas multitudes, sangran en vuestras ciudades y en vuestras soledades; la bestia llora, se arrastra, agoniza. ¿Por qué? Y si el león dice: ¿Qué es lo que yo he hecho? ¿Qué podrás tú responder á aquel montañés triste? ¡Cómo! Timour es, Nemrod sigue, Caifás existe, sufren; pero su alma, que dispuesta para los cielos se estremece al viento en la obscuridad, está allí blanca y soñando; y el oso y el chacal jadean sin esperanza. Y Dios ve todo lo demás con indiferencia, mientras que, mirando á Tiberio que huye volando, el león ruge bajo el cielo estrellado.

¿Acaso ese rocín trashijado que llevan tirando de la brida al osario, pasa sin decirte nada? ¡Pobre ser que se va, cuyos huesos agujerean su piel, cojeando, seguido de una multitud de chiquillos, rebaño que ríe, que van á arrojarle piedras y que cantan! Acaso

Montfaucon, ese lugar-espectro que frecuentan los negros Laubardemonts, los Maillard, los Vauglans, esa esfinge misteriosa de los sangrientos mataderos se vuelve de pronto para ti claro como el agua de roca porque demuele su potencia, descuelga el espantoso esqueleto humano de su fétida tabla [de carnicería] y se hace, de extrangulador legal, real, fatal, descuartizador que mata el bruto á tanto por cabeza, y, de verdugo del hombre, asesino de la bestia!

¡Porque ha cambiado la sangre del delantal, está dicho todo! Volved la espantosa ampolleta ó cambiad la arena, y haced que contenga ceniza animal en vez de ceniza humana; ¡no más enigma!, la bestia pertenece á la muerte; es el orden y todo está bien. Ni duda ni remordimiento. ¡Cómo! En todas partes garfios, matarifes, degüellos, matanzas! ¡Cómo! ¡En los negros combates de los toros, embriaguez popular y pasatiempo real, el caballo alelado anda sobre sus intestinos, pues el toro le abre el vientre á cornadas! ¡Cómo! ¡Tiráis corazones ensangrentados en el rincón de los recantones, las patas del ave y su pobre plumón, entrañas, ojos, y todo eso vivía! Las encinas que adoraban los salvajes trogloditas, caen con estrépito bajo el hacha; pertenece, vosotros lo decís, á la naturaleza muerta y se la puede matar. El perro ha tenido que habituarse á los latigazos; la bestia debe sufrir bajo el dios que fulmina; todo, el árbol que se derriba y el suelo que se machaca, todo sufre por sufrir. Está bien.

¡Iniquidad! ¿Con qué derecho, yo, el espíritu, estoy en la claridad? ¿Por qué es necesario que tú padezcas, naturaleza? ¡Cómo! ¡El astro y el guijarro serían injusticias! ¡Una injusticia en alto! ¡Una injusticia abajo! ¡Cómo! ¡El puerco en la basura y el asno

bajo la albarda para siempre! ¡El sufrimiento se enlaza á la angustia, luego nada! ¡Cómo! ¡El hombre rey! ¡Cómo! ¡El ser populacho! ¿Adán sólo sería grano y su sola alma flor? Sabaoth aecharía en un harnero de dolor el mundo, y sólo el hombre pasaría por la criba.

Si así fuera, todo vendría á ser terrible; el universo, rebosando de bestias, se llenaría de un prolongado rugido como una selva; las piedras aullarían: ¡injusto!, ¡injusto!, ¡injusto! El árbol en convulsión, la maleza, el arbusto, se retorcerían como los que están en un mal lecho; y la creación no fuera más que un combate de los monstruos rebelados contra Dios, belluario. Si así fuera, el mundo mortuorio, caos infame presa del furioso austro, no valdría ni siquiera el escupitajo de Satán. Si así fuera, crear sería un crimen; te digo que saldría del abismo una execración, se oiría gemir á los brutos, y como el lobo sin tacha y el tigre inocente, ante los elementos citados por testigos, ante el infinito triste donde sobrenada la equidad, denuncian á Dios, verdugo enmascarado del ser oscuro. Entonces, en el banquillo [de los reos] inmenso del azul, el horror abofetearía á aquel siniestro acusado. ¡Cómo! ¡La desgracia por obra y el mal por ministro! ¡Cómo! ¡Doblados para siempre por una sentencia repugnante, tantos seres, tan numerosos que Adán no es nada al lado suyo! ¡Cómo! ¡No hay un mañana! ¡Cómo! ¡No hay recompensa! ¡Cómo! ¡Sólo el hombre diría: yo viviré porque yo pienso! ¿Y qué ha hecho para ello?

¡El ser galeote! Fustigados, quebrantados, molidos, petrificados, luego nada. Retorcerse, no ser más, por última aventura. El desvanecimiento al fin del tormento. El suplicio y esto es todo. ¡Cómo, ese ser